

Prólogo

CARL SAFINA

En 1991 me invitaron a visitar la parte más alta del golfo de California, en México, con empleados de la National Oceanic and Atmospheric Administration [Administración Nacional Oceánica y Atmosférica], una oficina del gobierno federal de Estados Unidos. Estábamos allí para ver y examinar el problema de las redes agalleras, la captura ilegal de un pez en peligro de extinción, llamado totoaba, y también —y ésa era la verdadera razón de nuestra visita— la situación de la vaquita marina.

La vaquita, una pequeña marsopa, es el cetáceo más pequeño del mundo. Es una especie frágil, adaptada para vivir en un solo lugar, un espacio minúsculo. Su aspecto es único: una carita clara en la que destacan los parches oscuros de los ojos: es un pequeño panda marino.

En aquella época, las vaquitas que se ahogaban eran un daño colateral en varias pesquerías. Según nos dijeron, sólo quedaban alrededor de 600 especímenes donde antes florecían por millares. Sin embargo, en las décadas transcurridas desde entonces no se ha hecho mucho por eliminar las causas de su disminución, y hoy sólo queda una parte de aquella pequeña población.

La vaquita es un emblema. Es un espejo que nos muestra nuestra propia imagen. Si la vaquita desaparece, tendremos que enfrentarnos a lo que somos. Y las especies que todavía no hayamos llevado a la extinción tendrán que manejarse en un mundo diferente del mundo en el que evolucionaron para prosperar, tal como intentan hacer hoy.

En parte, esto es una historia global de las limitaciones humanas: empatía, codicia, necesidad o simplemente descuido. No es que los pescadores sean malos; es que simplemente somos demasiados para lo que la vida en el mundo puede soportar. Pero la historia de la vaquita es también la de un grupo de almas valerosas que se niegan a aceptar que la extinción, a manos de nuestra propia especie, se dé mientras ellas estén de guardia. Contra viento y marea, están decididas a mantener viva en nuestro reino a la pequeña marsopa.

Brooke Bessesen es la persona ideal para contar esa historia, porque la ha vivido, se ha sumergido en sus sutilezas y sus complejidades. Dando

voz a los protagonistas de este notable drama, nos conduce aquí en un viaje que no será fácil olvidar. Es necesario que sepamos lo que ha ocurrido con la vaquita para que podamos impedir que vuelva a ocurrir una y otra vez, para que podamos proteger a otras especies de sufrir el mismo destino. Es necesario que conozcamos esta historia porque necesitamos —el mundo necesita— un final feliz. Y la historia no ha terminado. Aún.

Introducción

“Nada más no te detengas”, me dije a mí misma mientras mi Prius derrapaba en un laberinto de matas polvorientas. Deslizándome en la arena como en una escena de alto riesgo, pisé el acelerador y me aferré al volante. Si mi carro se atascaba en ese suelo aluvial, si quedaba varada, estaría perdida en un rincón remoto del desierto mexicano, sola y a muchos kilómetros de distancia de cualquier ayuda.

Había estado recorriendo una carretera pavimentada que prometía conectarse con el extremo norte del golfo de California cuando de pronto el sistema de navegación de mi celular falló. Con su característica seguridad, Siri me había indicado una vuelta a la izquierda varios kilómetros antes, pero no encontré ningún camino que seguir. Muy pronto, la carretera pasó a ser de terracería y poco después se convirtió en una senda antes de terminar frente a un matorral solitario.

Cuando uno anda explorando terrenos remotos y lanzándose a lo desconocido, siempre hay partes dudosas, incluso peligrosas. Era mi primer viaje a México en busca de información sobre la vaquita marina y mis planes ya se habían descarrilado. Tal vez debería haber desistido, pero en cambio crucé una estructura para riego toda destartalada y seguí a saltos por un camino que parecía una tabla de lavar, buscando la manera de seguir adelante.

Ahora andaba serpenteando locamente por el lecho seco del río Colorado, con virajes abruptos sobre varios centímetros de sedimentos, esquivando matorrales espinosos, pisando el acelerador y rogando que la suerte me ayudara.

Cuando el delfín fluvial o de río del Yangtzé, en China, fue declarado extinto en 2006 —la primera especie de cetáceos llevada a la extinción por los efectos de la actividad humana—, el funesto título de “mamífero marino más amenazado del mundo” pasó a la diminuta marsopa endémica de México.

La vaquita marina. Un animal tan adorable como un juguete de peluche.

La vaquita es una especie descubierta hace poco. Sólo se encuentra en la parte superior del golfo de California. Apenas en 1958 fue descrita

científicamente por primera vez y bautizada *Phocoena sinus*. A diferencia de muchas otras especies en peligro de extinción, nadie caza vaquitas. Tampoco su hábitat está desapareciendo ni degradándose. La especie incluso está protegida por las leyes. Y, sin embargo, está al borde de la extinción.

¿Qué circunstancias están haciendo que la población de vaquitas disminuya tan rápido? ¿Por qué una tímida y pequeña marsopa está siendo eliminada antes incluso de que el mundo se entere? Y, lo más importante, ¿qué se está haciendo para detener todo esto? Buscando respuestas a esas preguntas, me encontré atrapada en una historia digna de una novela policial, con cárteles y corrupción, un mercado negro internacional y pescadores indignados dispuestos a arriesgar la vida por ganancias o por drogas.

Cuando empecé a investigar para este libro en marzo de 2016, Barbara Taylor, experta en vaquitas, me dijo:

—Si caminas hoy por las calles de San Diego y le preguntas a mil personas, probablemente no encontrarás ni una que sepa qué es una vaquita marina, a pesar de que llevamos veinte años tratando de llamar la atención sobre ellas.

De hecho, hasta 2017 la mayoría de los estadounidenses —y quizás también de los mexicanos— ni siquiera habían oído hablar de la vaquita. Ahora, atrapada en una crisis internacional extraña y peligrosa, la *Phocoena sinus* por fin está siendo presentada en sociedad, aunque de manera tardía. A medida que las noticias sobre su aniquilación ocupan cada vez más espacio en los medios, más personas se interesan por las dramáticas circunstancias que atraviesa. De repente parece que el mundo entero, conteniendo el aliento, corre hacia el borde del precipicio. ¿Es posible salvar a la vaquita?

Reunir las partes más profundas de la historia y de la inquietante política que nos han traído hasta la actual crisis ha sido una empresa exigente. Hice muchos viajes a México para conocer a personas involucradas en este drama. Me acerqué a científicos para conocer directamente sus investigaciones. Platiqué con habitantes del lugar para tener una idea de las percepciones culturales que conforman sus comunidades. Entrevisté a pescadores, estadounidenses residentes en México e incluso artistas, y visité o consulté por teléfono a varios dirigentes de organizaciones no gubernamentales a ambos lados de la frontera.

Debo admitir que no estaba preparada para los vericuetos de ese viaje, ni para las oscuridades y las contradicciones que por momentos hicieron

de la experiencia de investigar sobre la vaquita algo tan incontrolable, angustiante y espinoso como aquel recorrido por el lecho arenoso del río Colorado.

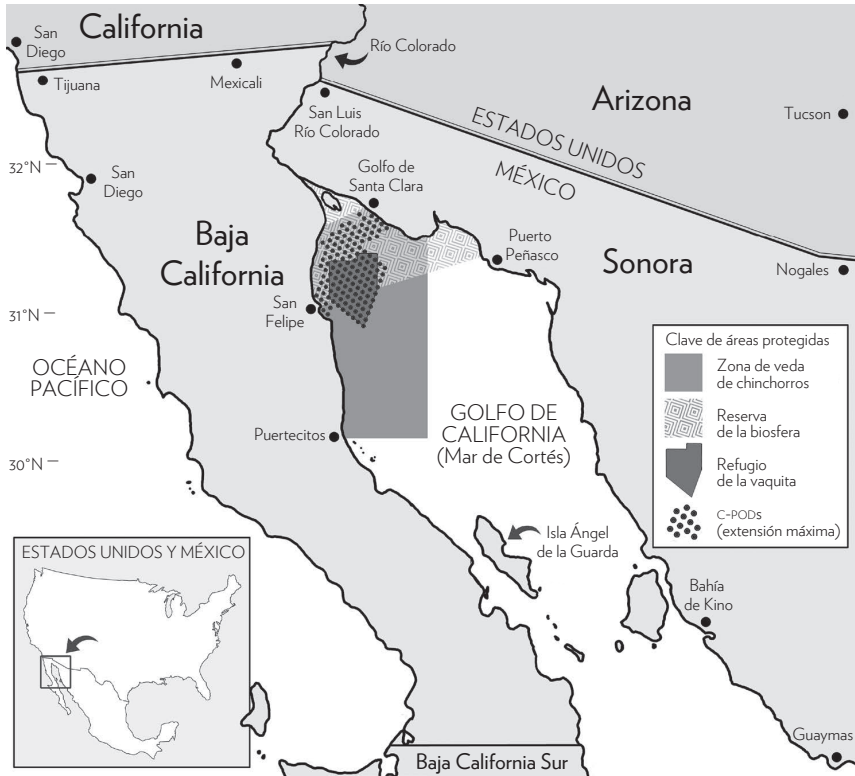
Sobre todo, aprendí que la conservación es un asunto muy complicado.

Por este libro van y vienen decenas de personas, que representan la multitud de historias y opiniones generosamente compartidas que contribuyeron a mi comprensión general. Algunos personajes me acompañan de principio a fin: Gustavo Cárdenas, Paco y Javier Valverde, Lorenzo Rojas, Armando Jaramillo, Barb Taylor y Oona Layolle. Estos científicos y conservacionistas, en quienes confío, llegaron a ser mis piedras de toque, mi banco de pruebas. Son las voces del cambio, los defensores de la esperanza. Son luces en el sendero.

La intensa e inquietante historia que se desarrolla en las páginas que siguen relata mis experiencias y descubrimientos en un periodo de 20 meses, entre la primavera de 2016 y el otoño de 2017, un periodo bisagra marcado por angustiantes variaciones tanto en las estimaciones de la población de vaquitas como en las políticas públicas. Explora las complejidades que generan tanto la violenta oposición a la protección de la vaquita como la colaboración internacional, la relación de las redes sociales y de la ciencia acústica con los esfuerzos por su recuperación.

El baiji se ha extinguido, y la vaquita está desapareciendo aprisa, aparentemente condenada al mismo destino.

¿Qué vamos a hacer, o no hacer?



MAPA 1. Golfo de California y zonas de interés para la preservación de la vaquita marina.